

Fin de semana de locos

Por Juan Jorge Michel Fariña

Comentario del film de Curtis Hanson

En alguna oportunidad he relatado a mis estudiantes la siguiente anécdota. Un profesor que dictaba clases en una pequeña unidad académica –y que no por azar llegó luego a ser un gran rector de esa universidad– salía del aula luego de haber tomado asistencia y examinado a sus alumnos. El listado de asistencia eran interminables hojas en que los propios estudiantes presentes consignaban sus datos, mientras la prueba había consistido en un extenso escrito en manuscrita cursiva. En la playa de estacionamiento lo esperaban algunos colegas, ya que debían viajar varios kilómetros para participar de una reunión político institucional en La Plata.

Los estudiantes rezagados lo seguían desesperados y algunos de ellos intentaban “completar” sus textos escribiendo con sus hojas apoyadas sobre el parabrisas o el capó del auto. En un remolino que parecía no terminar jamás, los últimos terminaron alcanzándole el examen a través de la ventanilla con el auto ya en marcha. Finalmente partieron, y este profesor llevaba apretada sobre sus rodillas una parva de hojas desordenadas cuya caligrafía era en muchos casos prácticamente ilegible. Ya en la ruta, se produjo un pequeño accidente. Un par de ventanillas abiertas, una corriente de aire, un descuido... y varias hojas cedieron a la presión y se escaparon por el vidrio entreabierto, irremediablemente perdidas entre la vegetación del parque Pereyra Iraola. El resto de los pasajeros, todos profesores, lo alertaron inmediatamente, desesperados: ¡Mario!! ¡Cuidado!... Y ahora, ¿qué vas a hacer? Este hombre, tan compungido como el resto, se aferró con todas sus fuerzas a los papeles que quedaban. Las retuvo presionadas, todavía tenso por la situación, pero sólo por unos instantes más. Porque luego, bajó un poco más el vidrio de su ventanilla y una tras otra fue abandonando al viento el resto de las hojas. En una calma y una sabiduría que no le habían conocido antes, había decretado, todavía sin saberlo del todo, la inutilidad de esa metodología de exámenes tan ilegibles como efímeros. Había decidido que de allí en adelante evaluaría a sus estudiantes con otro método, pero que algún día también lo evalúen a él de manera diferente.

Hace poco, una escena de una película me recordó vivamente aquel episodio. Se trata del desconcertante film de Curtis Hanson, *Wonder Boys*, protagonizado por Michael Douglas y estrenado en Buenos Aires con el anodino título de “Fin de semana de locos”. La historia relata el via crucis de Grady Tripp, un profesor de literatura inglesa que enseña en una pequeña pero prestigiosa universidad de los Estados Unidos. Siete años atrás, este hombre había publicado una novela que obtuvo un importante premio y que se hizo famosa en los círculos académicos. Gracias a ese acierto editorial, este profesor había obtenido la posición de prestigio que todavía detentaba en la institución. Pero desde entonces, no había vuelto a publicar.

El film lo muestra como un pequeño transgresor: es el amante de la decana de la Facultad, pero frecuente socialmente el hogar en el que ésta vive con su marido, quién por supuesto no está al tanto de los hechos; tiene una relación de excesiva familiaridad con sus estudiantes, un par de los cuales pasan la noche en su propia casa; finalmente, está permanentemente bajo los efectos de la marihuana, ufanándose de ello ante colegas y alumnos.

Su mujer lo acaba de abandonar, su editor le reclama perentoriamente el manuscrito de un nuevo libro que jamás termina de escribir, y Sara, su decana y amante le anuncia que está embarazada de él. Desbordado por las circunstancias, sus episodios de epilepsia se hacen cada vez más frecuentes, poniendo en riesgo su vida. Decidido por fin a publicar, sube al auto las más de mil seiscientas páginas de su novela inconclusa, para entregarlas definitivamente a su editor, que lo acompaña en el viaje.

Durante el trayecto, deben hacer un alto en el camino y un confuso episodio.

Su manuscrito se ha hundido irremediablemente en las aguas del río. Ante la pregunta ingenua por el contenido de su novela, su desconsuelo se hace aún mayor. No quiere volver a hablar del tema y termina preguntando a los novios por el sexo de su futuro hijo.

Desolado por la pérdida y sin saber aún que se encuentra al borde de la lucidez, deambulará por el claustro universitario donde lo sorprenderá entonces su último principio de ataque epiléptico.